Presente y Pasado. Revista de Historia. Año 31, N° 60, Especial Temático, 2026.
ISSN: 1316-1369 / Depósito Legal pp 196602ME301 / Depósito Legal Electrónico PPI 201202ME4038
Las Misiones de Caroní en 1816... Janet Bucholtz, pp. 120-150.

Las Misiones del Caroní en 1816: los frutos de 92 años de labores (1724 – 1816)

Janet Bucholtz[1]
Investigadora Independiente
janetbucholtz1938@gmail.com

Resumen

En 1816, las misiones capuchinas catalanas del Caroní alcanzaron un notable desarrollo agropecuario gracias a su organización y al estricto control sobre la población indígena. Con la introducción de la cultura del hato y el sistema del "común", convirtieron la región en un emporio autosuficiente que abastecía de carne salada, casabe y manufacturas a las fuerzas realistas de Guayana. La mano de obra indígena impulsó la economía local, aunque los logros evangelizadores fueron limitados. Este éxito económico provocó disputas con los vecinos de Upata, autoridades militares y la diócesis, antes de quedar bajo control republicano en 1817.

Palabras Clave: Misiones del Caroní, historia-Capuchinos catalanes, indígenas-Hato-Upata.

The Caroní missions in 1816: the fruits of 92 years of work (1724–1816)

Abstract

In 1816, the Catalan Capuchin missions of Caroní achieved remarkable agricultural and livestock development through strong organization and strict control over the indigenous population. Introducing cattle ranching and the "común" system, they transformed the region into a self-sufficient hub supplying salted meat, cassava, and manufactured goods to Royalist forces in Guayana. Indigenous labor sustained the local economy, though spiritual conversion outcomes remained limited. This economic prosperity sparked ongoing power struggles with Upata residents, military authorities, and the diocese, until the missions were taken over by the Republican army in 1817.

Keywords: Caroní missions, History-Catalan Capuchins, Indigenous people-Cattle ranching, Upata.

Este artículo fue terminado en febrero de 2026, entregado para su evaluación en marzo y aprobado para su publicación en julio del mismo año.

1. Introducción

Por 1816, las misiones de Caroní, regentadas por los capuchinos catalanes desde 1724, habían alcanzado un desarrollo agropecuario sorprendente para la época debido a las propias dotes organizativas de los miembros de la congregación y al amplio grado de control que los frailes ejercían sobre la población indígena de la región. A pesar de los atroces y cruentos conflictos que estremecían las tierras al norte del río Orinoco desde la declaración de la primera República de Venezuela en 1811, no fue alterado el ritmo de su producción ni su capacidad para sostener sus habitantes ni su disposición de apoyar las guarniciones de las fortalezas de la Antigua Guayana y la capital de la provincia, Angostura. Diferentes intentos de las fuerzas republicanas para tomar la provincia de Guayana desde esta fecha, no llegaron a tocar directamente a las misiones, aunque éstas brindaron un apoyo constante a las fuerzas realistas del gobernador de la provincia de Guayana.[2] Leales sujetos del rey, los misioneros socorrieron las fuerzas realistas entregándoles ganado, casabe y otros productos del campo, tanto para la tropa como para la población de Angostura, además de diversos renglones sacados del inventario de productos elaborados en sus misiones. En varias oportunidades también enviaron al gobernador el refuerzo de partidas indígenas armadas con arcos, flechas y lanzas y, en ocasión, remesas de plata.[3]

Aparte del limitado contacto que unos habitantes de Angostura y Guayana tenían con los misioneros, fueron pocas las personas que conocían las misiones desde adentro.[4] En parte esto fue por su situación geográfica tan alejada de las rutas normales de comunicación; por otro lado, debido a la política de los capuchinos de apartar estrictamente a los españoles en las villas de San Antonio de Upata y San Isidro Labrador de Barceloneta, con la excepción de un reducido número de mayordomos catalanes,[5] no permitían que gente foránea conviviera con los indígenas.[6]

En este escrito intentaremos ilustrar la situación histórica y ciertos rasgos típicos de los tres grupos de pobladores de las misiones —indígenas, frailes y españoles[7]— que convivían en el territorio de las misiones de Caroní antes de la incursión definitiva de los republicanos. Al tratar de los indígenas y los frailes, incluiremos información sobre la organización y el ejercicio económico de las misiones que es necesario entender para comprender los roces internos surgidos entre los grupos de poder de la provincia de Guayana: capuchinos catalanes, militares, clero diocesano y civiles, para apreciar mejor la trascendencia del papel económico de las misiones cuando quedaron bajo el control del paupérrimo ejército republicano a partir de febrero de 1817.

2. Los indígenas de las Misiones de Caroní

En octubre de 1816, P. Fulgencio de Barcelona, el último prefecto, envió un estado de las misiones a sus autoridades en Cataluña y por ello tenemos la información sobre una población en la región de 21.246 habitantes, residenciados en 27 misiones de indígenas (19.154 habitantes) y dos villas de españoles (2.092 habitantes).[8] Las misiones fueron esparcidas al sur del río Orinoco y al oriente del río Caroní con la excepción de la villa de San Isidro Labrador de Barceloneta y la misión de Santa Magdalena de Currucay, ubicadas al oeste del río Caroní en la ribera norte del río Paragua.

Figura 1. Mapa del río Orinoco, desde el caño de Guarapo hasta la isla de Fajardo



Fuente: Archivo General de Indias, MP-Venezuela, 128

Los indígenas que habitaban y laboraban en las misiones del Caroní no fueron de etnias homogéneas. En el estado de las misiones de 1816, el padre prefecto nombra ocho: guayanos (pariagotos), panacayos, caribes, guaraúnos, guaicas, aruacas, sálivas, y arinagotos. De estos, la mayoría vivían en misiones según su etnia:

Tabla 1. **Misiones habitadas por una sola etnia y el número total según etnia**

Etnia	N° de misiones	Habitantes
Guayano	6	5488
Caribe	6	4759
Guaica	5	2608
Arinagoto	1	355
Totales	18	13210

Fuente: Barcelona, Fulgencio de. Doc. 323 "Estado de la misión de Guayana dado por el último Prefecto P. Fulgencio de Barcelona (Caroní, 13 octubre 1816)". En: Carrocera, Fray Buenaventura de: *Misión de los Capuchinos en Guayana*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1979. Tomo III, pp. 314-317.

Los guayano, el grupo de mayor población, fueron también los que más tiempo tenían en las misiones y los preferidos para todos los trabajos. Ocupaban las misiones céntricas, Pastora y Tumeremo. Con ellos se había emprendido el trabajo del hato. Los caribe, incorporados a las misiones una vez debilitados por las enfermedades del temprano siglo XVIII, ocupaban principalmente las misiones del oriente y unas en el bajo Caroní. Los guaiça estaban reunidos en las misiones pequeñas del sur y los arinagoto en Currucay, por el alto Caroní, que era su terruño de procedencia.

Hubo 9 misiones con poblaciones mixtas:

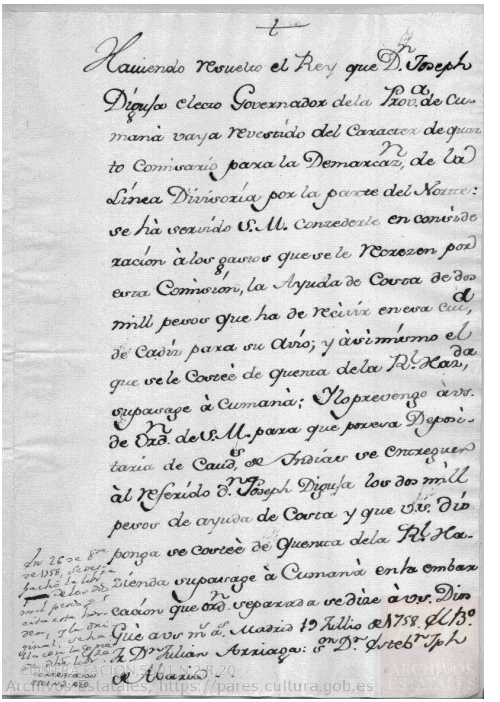
Tabla 2. Misiones habitadas por 2 o 3 etnias y su población (1816)

Misión	Etnias	N° de Habitantes
Santa María de Yacuario	Guayanos y panacayos	661
Ntra. Sra. de los Dolores de Puedpa	Guayanos y guaicas	412
San Miguel de Unata	Guayanos y aruacas	751
San Miguel del Palmar	Guayanos y caribes	1015
Sta. Eulalia de Murucuri	Caribes y guaraúnos	730
San Buenaventura de Guri	Caribes y guaicas	758
San Juan Bautista de Avechica	Guaicas y arinagotos	732
Santa Ana de Puga	Araucas, caribes y guaraúnos	578
Santa Cruz de Calvario	Guaraúnos y salivas	517
	Total	6154

Fuente: Barcelona, Fulgencio de, Doc. 323 "Estado de la misión de Guayana dado por el último Prefecto P. Fulgencio de Barcelona (Caroní, 13 octubre 1816)". En: Carrocera, Fray Buenaventura de: *Misión de los Capuchinos en Guayana.* Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1979. Tomo III, pp. 314-317.

La unión de diferentes etnias a veces traía problemas porque sus costumbres, tradiciones y recuerdos eran diferentes. Los de procedencia Caribe, por ejemplo, ofrecían un problema especial porque en la memoria colectiva de varias etnias quedaba el recuerdo de cuando estos atacaban a sus poblados para apresar cautivos y venderlos luego a los holandeses del Esequibo. La documentación sobre las misiones de Caroní revela que la vida en los pueblos mixtos podía ser más problemática.

Figura 2. Sobre trato de indios Caribes con los holandeses



Fuente: Archivo General de Indias, Estado,63, N.2

No hay muchos datos fehacientes sobre la importancia de cada etnia dentro de las misiones, pero los guayano o pariagoto fueron los primeros en ser reducidos,[9] debido a su cercanía a Santo Tomé de Guayana del Usupamo (ubicado cerca de las fortalezas). Era la etnia más numerosa, y a la larga su gente fue preferida para las faenas de todo tipo, porque parece que se asimilaron mejor a la nueva forma de organización.

Luego, después de la gran rebelión de los caribe (década de 1730), diferentes grupos de esta etnia fueron asentados en misiones cuando poco a poco perdieron su poderío a raíz de una mayor presencia de

tropas españolas en la región, menos apoyo de los holandeses del Esequibo y el daño hecho por una serie de epidemias que diezmaron sus grupos familiares.[10] Sin embargo, los caribe siempre fueron temidos y todavía en 1750 realizaron otro levantamiento.[11] Esta etnia siempre fue vista con recelo por sus bien reconocidos antecedentes como guerreros y porque, aunque reducidos, continuamente se negaron a realizar tareas o trabajaban mal a propósito.[12]

El acercamiento de los guaica a los misioneros se debía a su necesidad de aliarse con ellos para hacer fuerza contra los caribe con quienes tenían gran enemistad. Fueron considerados indígenas mansos, aunque inconstantes.[13] Con el paso de tiempo, cuando se sentía en las misiones que necesitaban más mano de obra y mayor número de neófitos, los frailes encontraron que la zona del delta se prestaba para sus entradas para atraer y/o capturar a los guaraúno y los aruaca quienes abundaban en esta zona, y a diferencia de los caribe, tenían características personales más maleables para ser dominados que aquella etnia guerrera. De hecho, los guaraúno sería el grupo mayoritario asentado cerca de Angostura una vez que la capital fue mudada allí.[14] Los arinagoto aparecen como miembros de una etnia del alto Caroní, sacados en varias ocasiones a partir de las incursiones hacia el Sur de los años entre 1760 y 1780; fueron asentados en Currucay, cerca de Barceloneta.[15]

Las demás etnias (panacayo y sáliva) constituían grupos menores de los cuales es poco lo que se ha podido aclarar.

Dentro de los límites de las misiones no hubo grupos realengos de indígenas. Los que rechazaban ser sometidos a la reglamentación de las misiones tenían que escaparse y vivir en las márgenes del territorio, por el delta, o adentrarse en las selvas o por los ríos al sur, siempre alertas en caso de que un grupo de españoles o frailes apareciera de repente en una de sus entradas para capturarlos y devolverlos a las misiones.

Por 1816, los indígenas de la región habían tenido contacto con españoles y otros extranjeros europeos, principalmente holandeses, durante 200 años. Santo Tomé de Guayana, fundada en 1595, fue la única población española en la región hasta 1762 cuando se fundó San Antonio de Upata. Tenía una historia de trashumancia en sus primeras décadas, pero se fijó en la ribera izquierda del río Usupamo a partir de 1650. Pequeño, débil y poblado mayormente por mestizos pobres y sin educación, este asiento fronterizo había tenido poca influencia en lograr un cambio cultural en los indígenas que lo conocieron u observaron.[16] Fue sólo a partir de 1724 que la situación cambiaría, cuando un nuevo grupo de frailes capuchinos desembarcó en las fortalezas, sufrió durante unos meses los rigores de la escasez de comida, común en la zona, y determinó buscar y traer ganado para confrontar este problema.[17]

Fue la introducción de la cultura del hato la que permitió el cambió de los indígenas de Caroní de una vida seminómada a una de

asentamientos fijos. No hay indicios que fuera planeado de esta forma, pero el resultado de la traída de ganado desde Barcelona y Píritu en 1724, y el esmerado celo con el primer rebaño durante los primeros veinte años de su existencia,[18] fue lo que permitió la creación y el crecimiento del hato y de su rama administrativa colateral, el común, que potenciaron la fundación y sustento del crecido número de misiones de los capuchinos catalanes, y a la vez, dieron la base para la evolución de una nueva cultura bajo la régimen de los religiosos.

2.1 Su capacitación en nuevas labores

El sustento de los indígenas y los criollos, antes de la llegada del ganado, había sido muy problemático por el empobrecimiento del número de elementos de caza en una zona con una población humana constante, por problemas agrícolas comunes de una zona tropical, y por límites en el aspecto organizacional. Sanoja y Vargas, en sus excavaciones alrededor de los castillos de Guayana, han registrado el cambio durante el siglo XVIII de una dieta proteínica basada principalmente en la carne de tortuga, a una basada en ganado.[19] Junto con el cambio a un sustento más regulado, el trabajo con el ganado vacuno llevaba a un cambio cultural en los indígenas porque exigía que aprendieran a domesticar y cuidar los animales, además de aplicarse en las formas de utilizar los productos que ofrecieron: leche, carne, cuero, patas, pelos, huesos, sebo y cuernos.

La capacitación de los indígenas en la cría, manejo y explotación del ganado llevó a una cultura de hato con una atención especial centrada en las reses y los caballos, aunque también hubo presencia de ganado menor y aves domesticadas. Por ser el ganado vacuno la base del sustento de las misiones, se desarrolló el trabajo con las manadas de reses y caballos, emergiendo el indígena como vaquero con los valores típicos de este tipo de faena; a la vez, diferentes indígenas, hombres o mujeres según el tipo de trabajo, se adiestraron en los quehaceres que brotan del cuidado y la matanza del ganado. En pocos años hubo indígenas carniceros, curtidores, productores de queso, jabón y velas, arrieros, enjalmeros, y hacedores de reatas y arreos de caballos, mulas y bueyes. El uso de estos nuevos conocimientos permitió un aumento sustancial de la producción que podía ser vendida dentro y fuera de las misiones.[20]

El sustento más fiable fue basado en carne de res salada o en tasajo, y en yuca en su expresión más duradera: el casabe; esta combinación posibilitó asentamientos fijos y la fundación de más misiones con mayores y más reglamentadas siembras de yuca y otros renglones agrícolas, para garantizar el sustento de toda la población de las misiones durante el año. Las ramas de siembra se diversificaron según las posibilidades de los terrenos de cada misión.[21] En algunas se

consolidó la siembra de algodón, planta nativa de la región, para promover el hilado de las fibras y su tejido en telas para vestir y otros objetos valiosos como chinchorros, los cuales fueron de excelente calidad.[22] Se aprovechaba la extracción de aceites medicinales de árboles como la carapa y el currucay, que eran preparados en frascos para su venta local y foránea.[23] También, anualmente, indígenas de las misiones iban por el Orinoco para la recogida de los huevos de tortuga en el mes de marzo;[24] el aceite sacado de estos huevos fue muy codiciado para la preparación de comidas y para alumbrar de noche.

Con una población fija, ordenada y siempre en aumento, la fuerza laboral de los indígenas resultaba útil y necesaria debido al desprecio que los españoles de la época tenían hacia el trabajo manual; por esto Eugenio Alvarado, observaba en 1755 que:

> (…) todo vecino del pueblo de Guayana, comprendiendo desde el Comandante hasta el último negro o mulato libre, no tiene otros peones para fabricar sus casas, labranzas, ni navegar, que los que piden a las misiones por cierto tiempo limitado, a los que deben pagar sus jornales en dinero o equivalente especie, (…)[25]

El alquiler de las tandas de indígenas para toda tarea de construcción, faenas agropecuarias y como bogas de los barcos y canoas que traficaban por el Orinoco, constituían una entrada económica permanente controlada por los frailes, quienes cuidaban que los indígenas fueran pagados. Sin embargo, el valor de la jornada, bastante miserable, fue controlado por las autoridades como el gobernador, y los indígenas, si recibían monedas las cambiaban con los misioneros por artículos deseados, porque no llegaron a asimilar el valor del metálico.[26]

Con el paso de los años, las destrezas de los indígenas en todas las labores aumentaban y fueron perfeccionadas. En 1810, el Prefecto Fray Luis de Castelltersol defendió la obra de su congregación al indicar con orgullo que "(...) en los pueblos de nuestros indios, en donde hay todos los oficios de una república: sastres, zapateros, curtidores, tejedores, herreros, tejeros y demás necesario,(...)"[27] El adiestramiento de los indígenas en obras de construcción hizo que ejercieran de carpinteros, herreros, albañiles y tejeros que podían construir todas las partes de un edificio desde sus cimientos hasta los techos de tejas. Por esto, se puede decir, que no hubo edificio en la región desde la Antigua Guayana hasta Angostura que no fuera construido por los indígenas, aunque eran mal pagados y la atención a la problemática del viaje de ida y vuelta a los lugares de trabajo, fuera de la misión, fue obviado por las autoridades y los criollos.

Las mujeres indígenas, conocidas como *guarichas* en el habla de la región, también se adiestraban en tareas designadas para su género. Su trabajo con la hechura de hilos, la hilada de chinchorros, la costura de

ropa, la hechura de jabón y velas, los trabajos de cocina y limpieza, además de las labores agrícolas consideradas de su incumbencia, fueron organizados desde la casa del presidente de la misión (siempre un fraile) y puntualmente cumplidos. En fin, se podía decir que en Caroní no hubo tarea manual en que un indígena, mujer u hombre, no estuviera activo, y en su mano de obra descansaba el bienestar de la región.[28]

2.2 Su cristianización

Si los misioneros estaban orgullosos de la capacidad artesanal lograda por los indígenas, no se puede decir lo mismo cuando se trata de evaluar la calidad religiosa alcanzada. Hay que recordar que la medición de cómo una persona ha asumido nuevas creencias es extremadamente difícil de precisar, y en el caso de la obra misional quedaba marcadamente influida por la participación en los sacramentos. Esto queda mostrado mayormente en los informes enviados a la casa matriz en Barcelona, España, por una referencia relativamente constante del número de bautizos y matrimonios; sin embargo, nunca queda reflejada oficialmente su participación en la Eucaristía, expresión suprema de la fe.[29]

Asumir la fe de los misioneros exigía un cambio en la cosmovisión del indígena; su manera de ver el mundo espiritual fue desdeñada por los religiosos desde el principio por ser herederos de todos los prejuicios españoles surgidos desde los primeros encuentros en el siglo XVI.[30] La mentalidad común de los frailes y otros españoles que consideraban al indígena como un bárbaro queda constantemente reflejada en comentarios sueltos en la documentación compilada por Carrocera que abarca desde el comienzo de las misiones hasta su fin. Ni el continuo contacto con los guayanos, los primeros reducidos y los más confiables, llevó a un sentido de confianza en los indígenas por parte de los frailes y menos todavía en los caribes que más tardíamente también fueron reducidos. De parte de los misioneros hay ciertos términos y actitudes que continuamente están expresados en sus cartas e informes:

> "...la ferocidad de los indios..."[31]
> "...puestos allá [si van por un tiempo largo a sus labranzas] hacen mil borracheras, supersticiones y maldades".[32]
> "...la continua pereza que reina en esta nación..."[33]
> "...el vicio de la borrachera..."[34]
> "... [los jóvenes] aprenden cuanto se les enseña, pero, como a los 14 años de edad se casan, dejan lo bueno y cogen los vicios de los del pueblo; ..."[35]
> "...si uno no se aparta de lo que hacían los viejos, siempre serán lo mismo o, por mejor decir, siempre serán bestias."[36]
> "...se consideren en calidad de neófitos y nuevamente convertidas aquellas naciones de indios que son tan rudos y tardíos para imponerse

> en los misterios de nuestra santa fe, y tan flojos y desidiosos para el trabajo y cultivo, que en el tiempo de veinte, cuarenta y más años no se hayan podido amoldar a las leyes y policía de la sociedad civil en términos suficientes para saberse por sí solos considerar miembros de una república arreglada y mayormente cuando están en fronteras de los montes con peligro de perderse; (...)"[37]

El convencimiento de los frailes de que era muy difícil lograr civilizar a los indígenas era constante, aunque había avances continuos en otros campos.

La educación en la fe de los misioneros estaba basada en una rutina diaria que controlaba las actividades de cada misión.[38] Desde la primera tocada al rezo, cuando salía el sol, hasta el rosario nocturno que terminaba las actividades para que todos se recogieran en sus casas, todas las labores estaban regidas por una rutina. Esto incluía el aprendizaje de la fe por recitación y memorización. Todos tenían que repetir los rezos, mandamientos y otros preceptos con base en la memorística, y supuestamente con esto se llegaría a la efectiva evangelización.

Con el paso de los años, hubo desazón porque el resultado no fue lo que los frailes anhelaron. En 1775, respondiendo a unas preguntas hechas por el virrey de Santa Fe sobre unos problemas en las misiones de Caroní, el obispo de Puerto Rico que las había recorrido en su visita pastoral, alabó la gestión económica de los catalanes, pero en cuanto a la religiosidad de los indígenas explicó en forma muy cruda lo que observó:

> (...) aquellos indios me parecieron más bien bestias que hombres, por lo que me parece que sus luces son tan escasas que no pueden reputarse fieles ni infieles al rey. Y asimismo creo que la religión católica no está radicada en sus almas. Esto se palpa en la gran repugnancia que tienen generalmente a asistir al rezado y a la doctrina y en el total olvido que tienen de la doctrina en llegando a casarse. …es rarísimo el indio a quien se da la Sagrada Comunión, aun en el artículo de la muerte porque los misioneros han hallado muy graves irreverencias al sacramento y se han visto precisados a tomar esta providencia que parecería dura si en los indios hubiera verdadera y viva fe, pero, como carecen de ella, no sienten verse privados del pan celestial.[39]

Una idea de cómo superar este estado fue expuesto en una carta muy interesante, y según Carrocera extraña del padre Jaime de Puigcerdá en 1783 en la que esbozó la necesidad de cambiar el método de catequización de los indios. Dice:

> (...) Los indios de nuestras misiones son muy capaces de ser bien catequizados y no lo están sin embargo de que diariamente se les da licción [sic] de doctrina cristiana, y se ha observado con toda certitud

> que, enseñándolos con otro método diferente del ordinario, quedan perfectamente catequizados (...)[40]

Continúa explicando la situación y da la impresión que hay resistencia dentro de los padres para cambiar el método. Recalca los errores de enseñanza que percibe: enseñar en castellano sin que los indios entiendan, y enseñarles en grupo sin dar la explicación pormenorizada o individual que se necesita. Por esto el efecto fue que:

> (...) no sólo no entienden jamás el catecismo sino que ellos y los misioneros llegan a cansarse y aun a fastidiarse de aquel diario afán, y, viendo que con él por más que hagan, no logran el fruto deseado, se afirman en que es conocida incapacidad de los indios y que es major hierro frío, y finalmente viene a parar todo en que unos y otros, misioneros e indios, sólo van al rezado por cumplimiento y se excusan de él cuanto se puede por cualquier leve causa, y todo el cuidado lo ponen en lo político y mecánico.[41]

Informa que con el método tradicional, ni los indios que hayan nacido en el pueblo y tengan ya cincuenta años de rezo han cambiado, que sólo se pueden bautizar a los indios adultos que han salido del monte en momentos de *artículo mortis*, que si reciben los sacramentos lo hagan malamente por ignorancia que tienen, y remarca que a la larga los misioneros no se preocupan de que los indios "…hagan la anual confesión, y mucho menos la Comunión, pues, hasta mi última salida, no creo que entre tantos miles como tenemos, hubiese [sic] cinco indios de Comunión".[42]

Desgraciadamente no hay un seguimiento en la documentación del contenido de esta carta. Pero, ciertamente los mismos misioneros sabían que no todo en la educación en la fe andaba bien, y los más conscientes se dieron cuenta que el cambio de la situación tenía que venir de ellos mismos, no de los indígenas.

2.3 Su comportamiento en circunstancias adversas

No hay estudios sobre los indígenas de Caroní en cuanto a su situación de subordinación e inferioridad bajo los frailes. Tampoco hay discursos o escritos de los indígenas exponiendo su visión de su situación. Sin embargo, a pesar del poder ejercido por los frailes, y a veces los militares y los criollos en la región, sería incorrecto considerar al indígena como un ser totalmente subyugado.

Para entender esta situación, es necesario virar unos escenarios expresados en la documentación de los frailes que reflejan aspectos de la vida del indígena en las misiones y su forma de responder a las autoridades cuando no estuvieran de acuerdo con las órdenes giradas por

las autoridades. Al hacer esto hay que estar consciente de dos realidades en las misiones: los indígenas tuvieron su cuota de poder en cada misión, y ellos tenían formas de expresar su disconformidad.[43]

En cuanto a su cuota de poder, en cada misión hubo el nombramiento de oficiales indígenas que auxiliaron en la misión para asegurar el cumplimiento de las reglas. A estos oficiales y sus mujeres se les hacían distinciones tanto de trato como del uso de emblemas simbólicos como una vara y rejo que tenían los fiscales. Los escogidos para ejercer autoridad en los pueblos de misión eran adultos de buen ejemplo que tenían la confianza del Padre Presidente (siempre un fraile) y normalmente hubo 3 ó 4 según el pueblo. Estos se preocupaban de la mecánica diaria del pueblo: la asistencia a los rezos, la división del trabajo, el comportamiento de los habitantes: hombres, mujeres, jóvenes y niños, informar si había enfermos, vigilar la limpieza, la traída del agua y leña y otros pormenores. También fiscalizaron la realización de los trabajos y avisaban de la llegada de gente extraña, españoles o indios, que a veces venía para comerciar.[44]

Alvarado, en su informe citado, de 1755, explica que los indios elegidos a estos cargos fueron los más despiertos e inteligentes, y ocupaban puestos como "…ministros de justicia compuesto de capitanes, tenientes alférez, sargentos, alcaldes, fiscales y alguaciles, que todos traen su insignia, y a estos obedecen los indios y por ellos se gobiernan para ocurrir a todas las mecánicas del pueblo".[45] También comenta que estos oficiales tenían la autoridad de corregir y castigar a su gente.[46]

Este tipo de distinción a miembros de la población permitió que los quehaceres diarios y las condiciones para seguir con la enseñanza de la población en nuevas formas de vida, fueran llevados a cabo con menos conflicto. El honor de ser reconocido por las autoridades, podía ser un elemento de orgullo dentro de las costumbres de la gente unida en una misión. La entrega de cierta autoridad en los mismos líderes de la comunidad, aminoraba la posibilidad de choques constantes y directos entre frailes e indígenas, porque las disposiciones del fraile podían ser delimitadas a asuntos de mayor trascendencia.

De todos modos, los indígenas estuvieron en una situación de servidumbre, y ¿qué pasaba cuando no estaban de acuerdo con situaciones que se presentaban? Desde el principio, la reacción más común fue la huida, porque con tanto espacio en que perderse, desertar a los montes, o fugarse, fue relativamente fácil. Esto pasó continuamente en los primeros años, pero luego siguió esporádicamente. Normalmente fue causada por el maltrato de las autoridades militares o de los criollos en las múltiples obras y labores que exigían,[47] por el miedo de enfermedades contagiosas (especialmente cuando hubo brotes de sarampión y viruela),[48] por terror o desesperación a experiencias no entendidas de la naturaleza, como temblores.[49]

En situaciones más fuertes, hubo casos de sublevación, asaltos y hasta matanzas; éstas fueron más comunes en los años de conflictos con los caribe[50] o con grupos, como los de la Paragua, muy recién establecidos en las misiones.[51] Los indígenas más acostumbrados a la vida en las misiones, los guayanos, fueron preferidos en las obras, pero ellos también desertarían de las faenas si había mal trato, como explicaba el gobernador Diguja en un informe de 1763.[52] Hubo quejas de los vecinos de Upata por la incapacidad de los indígenas de realizar bien las labores en los campos de trabajo,[53] pero los upatenses maltrataron y mal pagaron a los indígenas, y es muy posible que la mala calidad en los trabajos fue algo parecido a lo que sería una *operación morrocoy* en una fábrica del siglo XX. Tardía en la vida misional, en 1803, los indígenas de Barceloneta solicitaron formalmente el permiso para establecer pueblo aparte para vivir mejor y tener sus hijos con ellos. Esto fue causado por el maltrato de los vecinos de Barceloneta y del hecho de que varios vecinos retuvieran a los niños en sus casas para su servicio y no les trataran bien. Es interesante el hecho, no sólo por la queja, sino por lo que representa en cuanto a la utilización de una manera formal de exigir a las autoridades.[54]

La razón principal para permanecer en las misiones parece estar relacionada a una mayor seguridad en el suministro de comida, y luego una serie de beneficios y conocimientos asociados que fueron acumulando los indígenas al convivir en estos pueblos: la estabilidad, la provisión de comida, la posibilidad de trabajos que al ser remunerados permitieran conseguir productos deseados. Los frailes mandaban en este tipo de institución, pero a la vez atendieron a la gente confiada a sus cuidados, e intervenían frente a los atropellos de las autoridades militares y de los españoles de las villas. El obispo Fr. Manuel Jiménez Pérez de Puerto Rico, después de su visita en 1775, lo explica de esta manera:

> Están subordinados a las justicias por el temor pero tienen bastante amor a los misioneros, y aunque los temen porque les castigan algunas veces, tienen bastante confianza en ellos porque los remedian en sus necesidades y les asisten en sus trabajos. Mientras se conservan los rublos bajo la dirección de los Padres misioneros y sin intervención de corregidores o capitanes conservadores, creo que no hay fundamento para recelar que los indios abandonen sus pueblos y se retiren a los montes, porque, como he dicho, aman a los misioneros porque los tratan con suavidad y caridad paternal; (...)[55]

La estabilidad ofrecida por las misiones y el ofrecimiento de ir asumiendo nuevas destrezas que repercutían en el amor propio de los hombres y en su búsqueda de seguridad en una región propensa a la escasez y las alteraciones, favorecieron la permanencia de los indígenas en sus misiones.

3. Los Capuchinos catalanes de las misiones del Caroní

Al final de 1816 estaban activos en las misiones de Caroní[56] 40 frailes capuchinos catalanes. La última expedición, que había constado de 14 miembros, salió de Cádiz el 31 de marzo de 1816.[57] Cuando llegaron por mayo a su destino, los debieron haber recibido con alegría y agradecimiento a Dios, porque habían pasado 14 años desde que la expedición anterior pisó tierra en Guayana. Seguro que hubo el recuento de todas las noticias de España: los relatos de la guerra para sacar a los franceses de la península y lo que sentían desde que Dios en su grandeza había devuelto a la España su *rey deseado*. Los de Guayana deben haber narrado los ataques de los insurgentes contra Angostura, y cómo vieron la señal de Dios cuando los de Angostura ganaron la batalla fluvial de Sorondo, justo cuando Él azotó a las ciudades insurrectas con el terremoto. Deben haber comentado cómo el regreso de Fernando representaba un beneficio para los sirvientes del Señor en Guayana, tan acosados por los grupos de poder en Angostura: los militares, la diócesis y el ayuntamiento. Contarían cómo éstos habían sido puestos en orden por la última cédula real del 31 de diciembre de 1813, que dejó sin efecto los acuerdos de las cortes de Cádiz, que en 1812 ordenaron la entrega de las misiones viejas a la diócesis y permitía la convivencia de vecinos españoles en cada misión. Luego comentarían, entre todos, la importancia de la presencia de las fuerzas que, bajo las órdenes del general Pablo Morillo, venían a pacificar a Tierra Firme, y elevarían a Dios sus plegarias por su éxito.

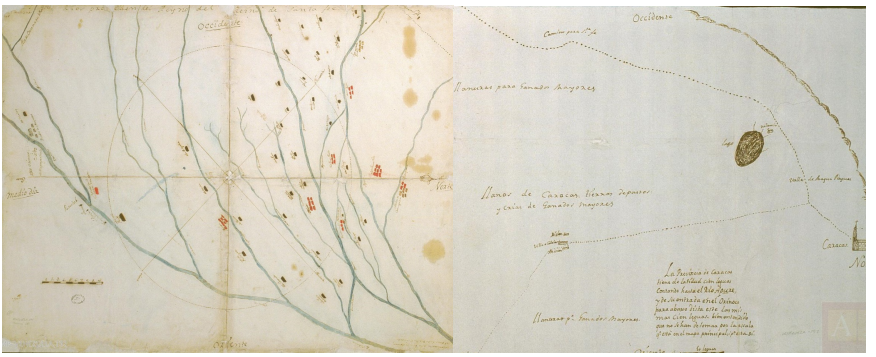
Después, a trabajar. Pronto, cada nuevo miembro de la comunidad sería asignado a una misión, guiado por la experiencia de los frailes curtidos en las labores.

3.1 Rasgos principales, compromiso con su misión y organización

Los frailes tenían 3 rasgos principales en común: eran catalanes, experimentados religiosos de su congregación[58] y versados en la lealtad a Dios y al rey. También eran obedientes, organizados y con un buen grado de preparación. No hubo quien tuviera pensamientos raros ni desordenados deseos de cambiar procedimientos. Su compromiso era salvar las almas de los indígenas y hacerles útiles y leales sujetos del rey, que *Dios guarda*. En tiempos normales, la gran mayoría permanecía en las misiones hasta expeler el último suspiro; pero los tiempos eran todo menos que normales. Se afanarían en su trabajo con la perspectiva de lograr ser presidente de una misión, o mejor, fundador de una, sacando indígenas nuevos de los montes agrestes; porque al lado de sus votos de obediencia, castidad y pobreza, muchos vislumbraban abrirse

paso al paraíso por el buen desarrollo de sus capacidades en guiar o llevar forzosamente a los neófitos por el camino al cielo. Hombres ya maduros, los más jóvenes tenían como 28 años, varios demostraban tener espíritu aventurero o emprendedor. Vinieron a Guayana por haber respondido al llamado de servir a Dios y al rey en las misiones, y utilizarían todos sus talentos para procurar este fin.

Figura 3. Mapa de misiones capuchinas catalanas



Fuente: Archivo General de Indias. MP Venezuela, 192

Los nuevos frailes incorporados a las misiones encontraban un sistema organizativo poco común y óptimo en sus resultados. Esto fue logrado por dos elementos: el hato y el común. A pesar de la magnitud de su resultado, no hay indicios que esto fuera concebido desde el principio, sino que fue el fruto de acciones pragmáticas tomadas desde los primeros meses de la llegada de los capuchinos catalanes a Guayana en 1724, cuando el primer grupo de frailes confrontó los problemas de sobrevivir y laborar en una región tan apartada e indefensa y con escasas perspectivas de sustentar poblaciones nuevas.

La solución inmediata a esta problemática había sido la traída de ganado desde Barcelona y Píritu, peripecia nada desdeñable por los peligros inherentes de las tierras desconocidas que cruzaron a pie guiados por la aguja de una brújula.[59] Luego, durante dos décadas tenían que cuidar celosamente el ganado y poner veda a su matanza para permitir el crecimiento de los rebaños. Al mismo tiempo tenían que capacitar a algunos indígenas en las faenas del hato, mientras comenzaban a reunir los diferentes grupos en las primeras misiones fundadas: la Purísima Concepción de Suay, cerca de las fortalezas, y San Antonio de Caroní, arriba de los estruendosos saltos.

El crecimiento del hato permitió asegurar la base proteínica necesaria para sustentar una población creciente, especialmente cuando iba unida con la yuca y su derivado, el casabe. Este dúo, representado

por carne salada y tortas de casabe, llegó a ser el sustento primordial de toda esta región tropical.[60] El aumento prolífico de las manadas permitió no sólo el sustento en comida, sino el desarrollo de toda ocupación asociada con el ganado. La elaboración de productos derivados del ganado llevó al asentamiento en pueblos de misión, el intercambio comercial entre ellos y, poco a poco, al contacto y el comercio con sitios fuera de la región. Toda Guayana fue beneficiada, porque hasta la guarnición de las fortalezas ya contaba con un sustento seguro, que permitía un mejor desempeño de sus deberes de protección de la región contra los caribes y grupos extranjeros enemigos de España.

Mientras esto sucedía, el genio organizativo catalán aplicó la idea del común como forma organizativa de los frailes de la congregación en Guayana. Esto también tenía su base pragmática. Lo normal en las misiones de las congregaciones en Venezuela era que cada misionero tuviera que mantenerse de su misión. Los catalanes se dieron cuenta de que las misiones no eran iguales en cuanto a sus posibilidades: algunas daban buen maíz, pero no tanta yuca, y viceversa; otras ofrecieron buenos pastos para ganado, pero no para la agricultura, y viceversa; y así sucesivamente. Cada misión tenía sus perspectivas, pero todas no tenían las mismas, y por esto a veces sus misioneros tuvieron problemas, lo que afectaría también a los indígenas bajo su ministerio. Entonces, sustentados en costumbres arraigadas en la tradición de la congregación y afirmados en una visión inteligente de las realidades de la vivencia Guayana, se formó el común en el que todos -misioneros e indígenas- trabajaban para el bien de su misión, cubrir sus necesidades y entregar cualquier sobrante al Procurador, quien velaría por su buen uso y estaría pendiente de que cada misionero, y los indígenas bajo su cuidado, no sufriesen penurias.[61]

El resultado fue el florecimiento de las misiones y la formación de un consorcio agropecuario que favorecería el crecimiento de toda la provincia de Guayana. El buen uso de los productos del ganado sacrificado permitió una producción en carne, cueros, sebo y sus derivados (velas y jabón), y otros productos menores. Con más producción era posible el crecimiento de las poblaciones y la satisfacción de más necesidades para lograr el bienestar. De allí comenzó la producción de algodón y la manufactura de tejidos, de artículos de cuero, tierra, madera y hierro. Al comenzar el siglo XIX, las misiones, con varias generaciones de indígenas representadas en su población, se habían convertido en un emporio de riquezas y en una autarquía, porque las labores programadas de ellas y el inteligente manejo de su producción, las había elevado a un estado de autosuficiencia asombrosa considerando su situación geográfica.

A pesar de los adelantos, el sistema armónico y el desarrollo económico tan admirados por don Eugenio de Alvarado y el gobernador Diguja en las décadas de 1750 y 1760, fomentaron un desenlace

discordante por la década de 1770 en adelante. Nuevos factores -crecimiento del número de poblados criollos en tierras adyacentes, las políticas administrativas y productivas de las Reformas Borbónicas, una tendencia progresiva de anticlericalismo en la mentalidad militar, la creación de la diócesis de Guayana, y la codicia pura y simple de personas que querían poner sus manos encima de tanto caudal- provocaron un trastorno en el ambiente que no permitió que la congregación viviera tranquila. El obispo Fr. Manuel Jiménez, de Puerto Rico, lo discernió en su visita y lo comentó luego al virrey de Santa Fe:

> (...) este hato ha movido la codicia de muchos para perseguir a los Capuchinos y persuadir al público que es cosa indecente e indigna a el estado austero que profesan, el poseer y gobernar tanto ganado, no haciéndose cargo de los justos motivos que ha habido y hay en el día para que estos Padres tengan el manejo de su ganado.[62]

Por el fin del siglo hubo una guerra declarada entre la congregación y las autoridades de Guayana. Los jefes militares, los obispos, el ayuntamiento de Angostura, y las autoridades de la Renta de Tabaco, todos querían quitar el hato de las manos de los misioneros. Los argumentos de todos son interesantes,[63] las formas usadas por los de Angostura para referirse a la congregación fueron cada vez más hirientes,[64] y el ambiente a partir de 1790, fue progresivamente más enrarecido. El conflicto de intereses caldeó tanto los ánimos que aún durante los primeros años de lucha cruenta entre republicanos y realistas al norte del Orinoco, en Guayana las comunicaciones oficiales referentes al caso, que fue expuesto a la regencia y en las cortes de Cádiz, parece el tema regional de mayor trascendencia.

3.2 Los vecinos de la Villa de Upata y sus pugnas con los capuchinos catalanes

La villa de San Antonio de Upata tuvo su fundación exitosa en el año 1762. Un primer intento, en 1736 con gente traída desde las islas Canarias, fracasó por el alto porcentaje de defunciones de sus miembros y luego su abandono de la zona después de un ataque inglés en 1741.[65] En ambos casos la razón de traer a gente española fue la de "…sujetar a los indios y tener gente para ir a las entradas,…" [66] La fundación en 1762, con gente criolla venida desde la provincia de Cumaná y Trinidad,[67] se debió mucho al apoyo del gobernador José Diguja y fue hecha "…en la sabana grande de Upata por ser este sitio bueno, de tierra suficiente para labrar y cría de ganado, sin perjuicio de los indios…"[68] Esta sabana quedaba en un punto céntrico entre los pueblos de Altagracia, Cupapuy, y Santa María, que lo rodeaban, y permitía el fácil acceso de los indígenas de aquellos poblados para ayudar con las

labranzas. Preocupados los misioneros por la posibilidad de que los vecinos no resultarían constantes, éstos tuvieron que firmar un documento que los obligó a cumplir con su compromiso de ir a las entradas y de servir como apoyo en poner orden a los indígenas en caso de necesidad. A la vez, como la comunidad costeó la construcción de sus casas, la preparación de sus primeras labranzas y su manutención en el primer año (todo esto hecho por los indígenas), estipularon que los vecinos no podían desamparar el pueblo para vivir a otra parte, ni vender sus casas a otros sin el consentimiento de los misioneros. El contrato tenía unos artículos de ese tenor.[69]

La visita a las misiones de Caroní de Fray Iñigo Abbad y Lasierra, O. S. B., en enero de 1774, nos deja con una descripción de la villa algo risueña: "Sus vecinos que ascienden a 33 familias con 205 almas, gozan de muy buenas tierras que cultivan con feliz suceso; han formado algunos buenos trapiches de caña, planteles de café y grandes cosechas de excelente tabaco."[70]

La excelencia de su tabaco llevaría, al principio de la década de los 80, a que Upata fuera uno de los sitios escogidos para la siembra de este renglón bajo la ley del Estanco.[71] Una vez que se dieron cuenta de las posibilidades de mejorar sus ingresos con la siembra y cosecha de tabaco, los vecinos llegaron a sentirse muy infelices con su situación tan sujeta a la autoridad de la comunidad, y cuando el gobernador Marmión hizo una visita en 1786, levantaron a él sus lamentos. Sus quejas fueron: concurrir al servicio de escolta era duro y peligroso, esto les quitaba mucho tiempo de sus labranzas, los misioneros no les daban suficiente peonada y como no tenían esclavos todo se deterioraba, carecían de carne porque sus sabanas eran pocas, y los misioneros no les hacían repartimiento de tierras para criar ganado mayor. Lamentaban que vivían "una especie de servidumbre, bajo una nube de una suerte infeliz".[72]

Esta tragedia de infelicidad tomó un carácter más agresivo cuando en 1789, fue nombrado un nuevo administrador de la Renta de Tabaco en Upata, José Reguero, quien imbuido de su importancia como representante de los intereses del rey, arremetió contra los frailes por no suministrar suficientes indios como peones, ni novillos para el sostén de los cultivadores y los amenazó como vasallos desleales al rey si no contribuían según sus exigencias.[73]

Este ataque fue el comienzo de una serie de escaramuzas que duraron años. Ya por 1789 hubo 60 cosecheros de tabaco matriculados que tenían plantaciones de 4 mil a 100 mil matas.[74] La bonanza del tabaco llevó a un aumento notable en la población de Upata reflejado en los censos de los frailes: 1788-254; 1792-555; 1797-667; 1816- 1598.[75] Su crecido número, sus requerimientos propios, y su anhelo de tierras y de control sobre la mano de obra indígena, llevaron a más enfrentamientos con los frailes y los unió al bloque representado por el

obispo, los militares y los poderes municipales contra los capuchinos.

Para 1800, los vecinos de Upata intentaron un nuevo deslinde de sus tierras pretendiendo extenderlas a cuatro leguas a cada viento y así llegar a las tierras de los indígenas de los pueblos de Cupapuy, Altagracia, Santa María y San Antonio de Huiscotano. Esta querella fue ventilada en Caracas. Aunque los argumentos de los capuchinos a favor de sus pupilos fueron reconocidos,[76] las pretensiones de los upatenses de lograr mayor control sobre las tierras, los indígenas y su villa no desaparecieron, sino que quedaron latente año tras año, esperando cualquier oportunidad que se ofreciera para lograr sus fines.

3.3 ¿Cuál era el valor económico de las misiones?

El valor económico de las misiones todavía no ha sido estudiado en forma adecuada. Su mejor descripción parece ser de una relación corta de 1811 realizada por Andrés Level de Goda, quien según su testimonio fue enviado a Guayana por el comisionado regio Cortabarría, con residencia en Puerto Rico, para determinar las condiciones de las misiones y ayudar a resistir los embates de las recién comenzadas hostilidades de los insurrectos de Caracas. Debido a lo interesante de la información expuesta y por aspectos de suspicacia común a la época que refleja, incluimos la cita en forma extensiva ya que nos puede revelar mucho de lo que hemos venido exponiendo:

> (...) el comisionado regio Don Antonio Ignacio de Cortabarría libró en 1811 a mi favor en nombre del Rey el despacho de gobernador político e intendente de Real Hacienda de las provincias de Cumaná, Barcelona y Margarita, *con absoluta y entera independencia de la superioridad de Caracas,* que son las mismas palabras del Despacho pero que antes debía ir inmediatamente a las Misiones de Guayana para tomar razón exacta de los caudales de ella, siéndole con todo sigilo para lo cual me acompañó las correspondientes órdenes, a fin de que todo se me hallanase.
> (...) Partí pues para el Orinoco en aquella Goleta y llegué al apostadero de Marina situado en la isla de Yaya desde donde oficié al padre prefecto de los misioneros capuchinos catalanes que evangelizaba en la provincia de Guayana, e inmediatamente se me presentó en Yaya con los libros, cuentas y papeles, prestándose a todo con la mayor afabilidad y vivos deseos de dar circunstanciada razón de cuanto se le preguntase y pidiese. Con esto y tan innumerables documentos no me pareció necesario ir a las Misiones, mucho menos cuando sin moverme de Yaya y dejándome ver en la ciudad de Angostura se tendría mi viaje por un paseo, y mi entrevista con el prefecto por una visita de cumplimiento, de cuya manera se conservaba el sigilo encargado por el Comisionado regio. El padre prefecto fue muy obsequiado en todos los buques del apostadero y en la goleta de Guerra lugar de nuestras conversaciones los dos solos; y de ellas y mi examen de libros me resultó que las Misiones tenían fuera de picos y fracciones 200.000

> cabezas de ganado vacuno y de caballos y mulas 80.000, sin poder ahora decir del lanar, del asnal, del cabrío y del cerduno, porque no me acuerdo, y eran numerosos, y de todas especies. Tenían 3 millones de pesos en oro, uno que habían trasladado a Demerari (sic) en cuanto la comunidad supo el movimiento de Venezuela, otro que pasaron al Convento de capuchinos de Barcelona en Cataluña, y otro que mantenían en Caroní donde además se hallaba un rico almacén en una grande casa llamada La Procura, con mercaderías, víveres de todas clases, frutos mayores, herramientas, máquinas, y cuanto pudieran necesitar las Misiones, los Misioneros y los barcos que allí se proveían de lo necesario para la navegación. El valor del almacén pasaba de medio millón de pesos.[77]

Si comparamos el valor en pesos de las misiones con la cantidad utilizada por el marqués del Toro para comprar su distinción -aproximadamente 30 mil pesos-[78] entonces tenemos un valor extremadamente respetable representado en los 3 millones de pesos estipulados por Level de Goda, además de los bienes y semovientes de las misiones.

¿Se puede creer en lo que Level de Goda escribe? No nos atrevemos a dictaminar. Sólo nos hace reflexionar que hubo un gran valor, todavía indeterminado por falta de estudios más profundos, representado en las misiones del Caroní; y que esto fue el resultado de décadas de trabajo de hombres y mujeres indígenas bajo el mando disciplinado y férreo de los misioneros. Esta riqueza agropecuaria (apenas sospechada por otros exceptuando las autoridades de las misiones que manejaban las cuentas) junta con los indígenas que representaban la mano de obra de la región, van a ser arrebatados por un ejército menesteroso y hambriento que invadirá al Caroní en 1817.

4. Conclusiones

En 1811, las misiones tenían 87 años de existencia. Su consolidación como una entidad organizativa para el bienestar de los que trabajaban dentro de sus confines y para las guarniciones de la corona, no puede ser negada. Sin embargo, precisar el valor de su resultado es difícil porque depende del enfoque que uno imprima al asunto. Como operación agropecuaria ciertamente fue beneficiosa, porque sostenían más de 20 mil personas. Como institución educativa, en lo ocupacional, había elevado los conocimientos y las destrezas de miles de indígenas. Sin embargo, sus logros en "civilizar y cristianizar" a estos mismos fueron decepcionantes, hasta visto por los mismos frailes.

Nunca se hubiera logrado un objetivo derivado del esfuerzo mancomunado, realmente integrado, de frailes e indígenas, porque los prejuicios frente al *otro* no permitieron que los capuchinos catalanes,

igual a los demás frailes en América Latina, miraran como digna de reconocimiento la mentalidad indígena y respetaran su pensamiento, su cosmovisión, su manera de ser. Las misiones de Caroní representaban una forma de sometimiento, subordinación, y explotación común a la época. La protección del indígena fue realizada en forma constante, pero paternalista; sin embargo, cuando ellos no respondían de la manera esperada por los frailes, eran percibidos como niños ignorantes y/o mal criados con quienes había que lidiar para la mayor gloria de Dios. Los frailes sentían que su control de las misiones era ejercido para el bien de los indígenas, pero nunca consideraron que el control pudiera ser llevado por los mismos indígenas.

Por otro lado, los frailes, en un tiempo de desarrollo de corrientes de pensamiento moderno, quedaron extremadamente estancados en el pasado y con ninguna posibilidad de adoptar posturas más flexibles por lo rígido de sus reglas, su educación y sus creencias. Los misioneros percibieron en las actuaciones de los militares (especialmente Centurión y Marmión), los obispos, los del ayuntamiento de Angostura, la gente de Upata, como muestras de enemistad y de posturas equivocadas, hasta pecaminosas, basadas principalmente en la codicia, en vez de representaciones, muchas veces, del advenimiento de secularismo.

Su pragmatismo en la construcción del hato y el común, llevó a las misiones a un alto nivel productivo con posibilidades de arrojar beneficios comerciales sustanciales. Conscientes de que el buen manejo de su organización era la única vía de mantener su trabajo -obra de Dios- en el tiempo, y conocedores de las maldades que ocurrían cuando personas fuera de la congregación tomaban el control de los bienes y de los indígenas, no hubo forma en que pudieran aceptar que otra gente española tomara el mando de un emporio labrado por décadas de trabajo y sacrificio. Su éxito administrativo en lo material los mantenía en una situación vulnerable frente a la crítica, las apetencias y la codicia de otros grupos de poder de la región, como los de Upata, que anhelaban más libertad en la toma de decisiones en su villa y en su forma de llevar a cabo sus trabajos. Con la diócesis y los de Angostura existía una situación parecida porque todos querían los beneficios de la mano de obra y la producción de las misiones.

Y ¿cómo pensaban los indígenas? Es difícil decir, pero se nota al pasar por tanta documentación que en ningún momento hubo seguridad total en los predios de la congregación. Tenían las misiones bajo su control varias etnias y no todos convivieron bien. Hubo la capacitación en nuevas labores, pero por la renuencia de los indígenas a entrar en la vida sacramental de la Iglesia, y por una constante queja por los intentos de huida de diferentes grupos, uno sospecha que estaban lejos de ser tan tranquilos y sumisos como los frailes -y otros- hubiesen querido. Si los momentos de fuertes confrontaciones habían pasado, debido al debilitamiento de los grupos étnicos por las enfermedades del temprano

siglo XVIII, y si una seguridad de sustento y nuevos criterios se iban formando alrededor de la cultura del hato, las costumbres de los indígenas perduraban y ellos respondieron a éstas en los momentos de retirarse con o sin permiso.

Notas

[1] Investigadora independiente. Durante 15 años, estuvo adscrita a la Escuela de Educación de la Universidad Católica Andrés Bello, sede Guayana. Esta colaboración, forma parte de una investigación inédita titulada *El silencio de la muerte. Aguante, acomodo y desaparición de los indígenas del Caroní, 1817-1919*. ORCID: https://orcid.org/0009-0004-9632-7696

[2] Los principales ataques fueron en 1811-12 cuando un conjunto militar de cumaneses, barceloneses y barineses tomaron control de la ribera norte del Orinoco en un intento de dominar las fuerzas reales en Angostura y la Antigua Guayana, y en 1815 cuando José Tadeo Monagas y Manuel Cedeño invadieron al occidente de Angostura. En ningún momento hubo incursiones que llegaran a adentrarse en el territorio de las misiones de Caroní. La mejor fuente para esta época es Tomás Surroca y de Montó: *La provincia de Guayana en la independencia de Venezuela: Relación histórica de los sucesos políticos y militares de la provincia de Guayana, una de las de Venezuela, desde los principios de las convulsiones de 1810, hasta el de 1817 en que fue su general emigración, en la cual se insertan algunos particulares referentes a la revolución de la costa firma, hasta julio de 1821.* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2003. (Colección Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela, 82). En las secciones dedicadas a estos años.

[3] San Celonio, Doc. 314, "Carta del Prefecto P. Buenaventura de San Celonio al P. Comisario de misiones, exponiéndole la situación de la provincia de Guayana en los primeros años de la guerra emancipadora (Caroní, 17 abril 1812)". En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los Capuchinos en Guayana.* Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1979. (Colección Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela), Tomo III, pp. 271-274, p. 273. La mayor parte de la documentación sobre las misiones sale de la compilación hecha por P. Buenaventura de Carrocera. Por la importancia de su autoría y su contenido, daremos autonomía a cada documento citado de esta forma, y luego indicaremos el volumen y las páginas de Carrocera donde se encuentra. En caso contrario haremos la salvedad.

[4] Humboldt recogió información sin visitar las misiones, porque estaba recuperándose de malaria. Dos franceses, Francisco Depons: *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional.* Caracas, Banco Central de Venezuela, 1960, y J. J. Dauxion Lavaysse: *Viaje a las islas de Trinidad, Tobago, Margarita y a diversas partes de Venezuela en la América meridional.* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1967, quienes ofrecen información, pero sus descripciones sugieren que no fue recogida en el sitio, sino recopilada de lo dicho por otros. Parece que los obispos de la diócesis de Guayana (Ibarra,

Mohedano y Cabello) nunca visitaron las misiones que, fuera de Angostura, representaban la mayor población de la provincia de Guayana. Por 1800, Angostura tenía 6 mil habitantes, según Alejandro de Humboldt: *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente.* Caracas, Monte Ávila Editores, 1985, Vol. IV, p.476. Casi por los mismos años, en 1799, las misiones tenían 15.902 habitantes según Sabadell, Doc. 293, Estado de la misión de Guayana presentado por su Prefecto P. Buenaventura de Sabadell al Gobernador de la provincia (Caroní, 23 julio 1799). En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…*, Tomo III, pp. 176-194. Los informes de los obispos carecen de los detalles que reflejan una presencia *in situ,* y muestran más bien su aversión al indígena y el deseo de controlar la entrada económica de las misiones. También se nota en sus escritos el apoyo de sus deseos por las autoridades militares y civiles en Angostura. No hay un estudio adecuado sobre los problemas surgidos entre la congregación de capuchinos catalanes y la diócesis, pero se puede consultar en Carrocera unos documentos de Ibarra (Doc.282, 1793, 146-150); Mohedano, (Doc. 302, 1803, 234-235 y Doc. 304, 1803, 236); y Cabello (Doc. 313, 1812, 263-271).

[5] Alvarado, Eugenio de., Doc. 119, Modo religioso y económico de vivir los Padres, granjerías del común de las misiones como del particular de los Padres, indios y demás agregaciones a ellas, (Hato de la Divina Pastora, 20 abril 1755). En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana …,* Tomo I, pp. 339-351; p. 349. [En adelante: Alvarado, 1755, Doc. 119.]

[6] Esta política de la congregación fue la manzana de discordia entre ella y las autoridades militares, diocesanas y civiles de la provincia. El problema está tratado en varios documentos recogidos en Carrocera: *Misión de los Capuchinos en Guayana;* pero su expresión más contundente queda reflejada por el argumento de Castelltersol, Fray Luis de. Doc. 312, Representación…en contra de los proyectos de la Junta gobernativa instalada en Guayana sobre los indios, dirigida a Fernando VII y en su nombre a la Junta Suprema y Regencia del Reino. (Caroní, 12 julio 1810). En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana …*, Tomo III, pp. 260-263.

[7] En cuanto a los vecinos españoles nuestra atención se limita a los de la villa de Upata, porque por la lejanía de la villa de Barceloneta (hoy con el nombre La Paragua), y su ubicación al occidente del río Caroní, sus pobladores no tenían injerencia en la vida de la mayoría de las misiones.

[8] Barcelona, Doc. 323, Estado de la misión de Guayana dado por el último Prefecto P. Fulgencio de Barcelona (Caroní, 13 octubre 1816). En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…,* Tomo III, pp. 314-317.

[9] Alvarado, Doc. 119, p. 341. Los ubica como habitantes de los montes de Imataca.

[10] Janet A., Buchholz: "Las jornadas orinoquenses de don Antonio de Berrío y su tropa. Un eslabón en la formación del hombre guayanés". *Tierra Firme. Revista de Historia y Ciencias Sociales.* Vol. XI, N° 42 (Caracas, 1993), pp. 154-167.

[11] Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…,* Tomo I, p. 34.

[12] Martínez de Oneca, Doc. 127, "Informe del obispo de Puerto Rico D. Pedro Martínez de Oncea, después de su visita a los Anejos Ultramarinos (22 junio 1758 - 10 mayo 1759)". En: *Ibid.*, pp. 368-371, pp. 369-370. El obispo comenta "…por lo común repugnan mucho el trabajo y son malos trabajadores, y es necesario contemplarlos para mantenerlos…".

[13] Sautó, Doc. 137, "Estado de la misión de Guayana, con la noticia de fundación de sus pueblos, dado por el P. Prefecto Fidel de Sautó (Suay, 26 febrero 1761)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 23-28 y p. 26.

[14] Barcelona, Doc. 182, "Estado de la misión de Guayana, dado por el Prefecto P. Bruno de Barcelona, en el que se contienen muy interesantes noticias sobre la marcha y progreso de la misma (Caroní, 25 enero 1772)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 154-165 y p. 161. Lo de los guaraúnos en Marhuanta surge de una mudanza forzada de 4 pueblos -Piacoa, Uyacoa, Tipurua y Unata- desde el margen sur del Orinoco al oriente de las fortalezas a sitios al occidente del Caroní y más arriba del Orinoco cerca de Angostura. El conflicto causado entre el Gobernador Manuel Centurión y la congregación por esta mudanza está reseñado en varios documentos a partir de 1768. En: *Ibid.*, Tomo II. En éstos, a veces quedan reflejadas las opiniones que los frailes tenían de las diferentes etnias.

[15] Doc. 245, "Informe del Consejo de Indias sobre el estado de la misión capuchino de Guayana (1788)". En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…*, Tomo III, pp. 18-19, p. 18.

[16] Más bien, hay indicios de que la gente que pobló a Santo Tomé y las fortalezas logró sobrevivir por adoptar conocimientos y costumbres de los indígenas. Este aspecto no ha sido estudiado.

[17] Alvarado, Doc. 119, 1755, p. 341.

[18] Olot, Doc. 106, "Estado de la misión de Guayana expuesto por el Prefecto P. Agustín de Olot (Misión de la Purísima Concepción, 3 enero 1744)". En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…*, Tomo I, pp. 304-307, p. 305.

[19] Mario Sanoja e Iraida Vargas: *Las edades de Guayana: arqueología de una quimera. Santo Tomé y las misiones capuchinas catalanas, 1595-1817.* Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2005, p 57.

[20] Alvarado, Doc. 119, 1755, pp. 338-351. Casi no hay página de este documento donde no se mencione algún producto que sostenía o daba entradas económicas a las misiones.

[21] Alvarado, Doc. 119, 1755, pp. 338-351. Menciona maíz, arroz y tabaco, p. 348; arroz, plátano y caña dulce, p. 341.

[22] Puigcerdá, Doc. 149, "Carta del P. Jaime de Puigcerdá informando sobre el estado de la misión a poco de su llegada (1765)". En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…*, Tomo II, pp. 55-56.

[23] Alvarado, Doc. 119, 1755, p. 348.

[24] *Ibid.*, p. 350.

[25] *Ibid.*, p. 342.

[26] *Ibid.*, pp. 342 y 343

[27] Castelltersol, Fray Luis de. Doc. 312, "Representación del Prefecto de la misión en contra de los proyectos de la Junta gubernativa instalada en Guayana

sobre los indios, dirigida a Fernando VII y en su nombre a la Junta Suprema y Regencia del Reino". En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…,* Tomo III, pp. 260-263, p. 261.

[28] La Garriga, Doc. 236, "Carta del Prefecto P. Benito de La Garriga al P. Visitador de la misión, explicándole los trabajos y ocupaciones a que se destinan los indios de la misma (Caroní, 6 marzo 1780)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 360-361. Este documento revela con mucha claridad las diferentes labores de los indígenas. Aunque escrita 36 años antes de 1817, ilustra sobre la magnitud del aporte indígena al sustento de la vida en Guayana.

[29] Extraoficialmente es comentado por Puigcerdá, Jaime de. Doc. 241 "Extraña carta del P. Jaime de Puigcerdá sobre el cambio de método en la catequización de los indios de la misión (Barcelona, febrero, 1783)". En: *Ibid.*, Tomo II, p. 370.

[30] Hay un estudio del antropólogo Miguel Ángel Perera, que explica profusamente las fuerzas detrás de la formación de estos criterios tan desdeñosos del indígena que siguen todavía marcados en nuestra mirada hacia el indígena de hoy. Recomendamos especialmente la lectura de su primer capítulo a cualquier persona interesada en el tema: Miguel Ángel Perera: *La mirada perdida: Etnohistoria y antropología americana del siglo XVI.* Caracas, Monte Ávila Editores, 1994, pp.17-39

[31] Moya, Doc. 71, "El Prefecto P. Benito de Moya da cuenta al P. Comisario de misiones de cuanto han hecho los Capuchinos catalanes en la isla de Trinidad en la Guayana (Purísima Concepción de Suay, 20 mayo 1728)". En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…*, Tomo I, pp. 244-247, p. 244.

[32] Doc. 107, "Método que observan los PP. Capuchinos catalanes para el gobierno de sí mismo y de los indios (1745?)". En: *Ibid.*, Tomo I, pp. 307-312, p. 311.

[33] Alvarado, Doc. 119, 1755; p. 349.

[34] Villanueva, Doc. 224, "El P. Félix de Villanueva denuncia las intrigas del comandante Centurión y expone el estado de la misión en carta al P. Comisario de las misiones (Cupapuy, 22 marzo 1778)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 314-318, p. 316.

[35] Villanueva, Doc. 224, "El P. Félix de Villanueva denuncia las intrigas del Comandante Centurión y expone el estado de la misión en carta al P. Comisario de las misiones (Cupapuy, 22 marzo 1778)". En: *Ídem.*

[36] Barcelona, Doc. 225, "Carta del P. Joaquín de Barcelona al P. Provincial de Cataluña, en que propone los medios más aptos, a su parecer, para hacer adelantar la religión (Ayma, 5 abril 1778)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 319-320, p. 320.

[37] Castelltersol, Puig-Reig y San Celonio, Doc. 307, "Exposición de los superiores de la misión sobre la no entrega de los pueblos de indios a la jurisdicción del Obispo. (Caroní, 1 noviembre 1803)". En: *Ibid.*, Tomo III, pp. 241-246, pp. 242-243.

[38] Una descripción muy detallada del método está expuesta en Doc. 107, "Método que observan los PP. Capuchinos catalanes para el gobierno de sí

mismo y de los indios (1745?)". En: *Ibid.*, Tomo I, pp. 307-312, p. 311.

[39] Jiménez, Doc. 212, "Informe del obispo de Puerto Rico D. Fr. Manuel Jiménez Pérez al Virrey de Santa Fe y a petición de este sobre el estado de las misiones de Guayana y sobre la conveniencia o no de poner corregidores (Puerto Rico, 31 julio 1775)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 283-289, pp. 287-288.

[40] Puigcerdá, Doc. 241, "Extraña carta del P. Jaime de Puigcerdá sobre el cambio de método en la catequización de los indios de la misión (Barcelona, febrero 1783)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 369-372, p. 369.

[41] *Ibid.*, p. 370.

[42] *Ídem.*

[43] En este último caso debemos mucho al pensamiento de James C. Scott, cuyos estudios tratan de formas de disensión ejercidas callada, discreta y a veces silenciosamente por grupos sujetos a estructuras de dominación. Véase del mencionado autor: *Weapons of the Weak: Everyday forms of Peasant resistance*. New Haven, Yale University Press, 1985, y *Domination and the arts of resistance: Hidden transcripts.* New Haven, Yale University Press, 1990.

[44] Alvarado, Doc. 107, "Método que observan los PP. Capuchinos catalanes para el gobierno de sí mismo y de los indios (1745?)". En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…*, Tomo I, pp. 307-312.

[45] *Ibid.*, p. 343.

[46] *Ibid.*, p. 344.

[47] Fuenterrabía, Doc. 265, "El Procurador general de las misiones, P. Pedro de Fuenterrabía, expone al rey en este memorial las vejaciones y atropellos de que son objeto los misioneros e indios de Guayana (1791)". En: *Ibid.*, Tomo III, pp. 86-90, p. 89.

[48] Sabadell, Doc. 285, "Carta del Prefecto P. Buenaventura de Sabadell, en la que da algunas noticias sobre lo sucedido en la misión (Caroní, 10 julio 1795)". En: *Ibid.*, Tomo III, pp. 156-157, p. 157.

[49] Barcelona, Doc. 182, "Estado de la misión de Guayana, dado por el Prefecto P. Bruno de Barcelona, en el que se contienen muy interesantes noticias sobre la marcha y progresos de la misma (Caroní, 25 enero 1772)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 154-165, p.156.

[50] Sautó, Doc. 137, "Estado de la misión de Guayana, con la noticia de la fundación de sus pueblos, dado por el P. Prefecto Fidel de Sautó (Suay, 26 febrero 1761)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 23-28, p. 28.

[51] La Garriga, Doc. 186, "El P. Prefecto Benito de La Garriga informa al P. Provincial de Cataluña sobre varios sucesos importantes que tuvieron lugar en la misión (Altagracia, 8 septiembre 1772)". En: *Ibid.*, TII, pp. 169-172, p. 170. Este hecho fue el asesinato del P. Fugarolas, asignado a una misión por el río Paragua, que fue muerto junto con un joven catalán y 4 indios por otros compañeros indígenas cuando estaban en una entrada para buscar traer más indígenas a la misión. No se aclara la razón por tanta saña.

[52] Diguja, Doc. 144, "Informe del gobernador Diguja Villagómez sobre la misión capuchina de Guayana a raíz de su visita (1763)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 36-41, p. 40.

[53] Archivo General de la Nación, Venezuela (En adelante AGNV). Renta de

Tabaco, 1789, "Carta del Administrador de la Renta de Tabaco en Guayana, José Reguero, al Director General Esteban Fernández de León, (7 de junio de 1789)", ff. 1-8. Reguero comenta: "…los Peones Indios son los mas inútiles que pueda haver, y para siembra de tabaco mucho mas …".

[54] Castelltersol, Doc. 305, "Carta del Prefecto Luis de Castelltersol al Gobernador de Guayana, insistiendo sobre la pretensión de los indios que vivían en la villa de Barceloneta, de formar ellos pueblo aparte (Caroní, 18 mayo 1803)". En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…,* Tomo III, pp. 237-238; y Doc. 306, "Recurso del P. Prefecto a la Audiencia de Caracas para que se acceda a la petición de los indios de la villa de Barceloneta de formar ellos pueblo aparte (Caroní, 1 noviembre 1803)". En: *Ibid.*, pp. 238-241.

[55] Jiménez, Doc. 212, "Informe del obispo de Puerto Rico D. Fr. Manuel Jiménez Pérez al Virrey de Santa Fe y a la petición de este sobre el estado de las misiones de Guayana y sobre la conveniencia o no de poner corregidores (Puerto Rico, 31 julio 1775)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 283-289, p. 288.

[56] Barcelona, Doc. 323, "Estado de la misión de Guayana dado por el último Prefecto P. Fulgencio de Barcelona (Caroní, 13 octubre 1816)". En: *Ibid.*, Tomo III, pp. 314-317. No está mencionado el Padre José de la Riera, presente en las misiones desde 1792, quien fue capturado durante la huida de agosto, 1817, y luego murió de enfermedad en las Fortalezas. Es posible que en el momento del censo de octubre estuviera ausente en funciones administrativas en Cumaná o Barcelona.

[57] Doc. 321, "Documentos relativos a la última expedición de misioneros enviados a Guayana (1815-1816)". En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…,* Tomo III, pp. 293-297, pp. 294-295.

[58] Doc. 321, "Documentos relativos a la última expedición de misioneros enviados a Guayana (1815-1816)". En: *Ibid.*, Tomo III, pp. 293-297, pp. 294-295. Del nuevo contingente, todos tenían de 10 a 29 años como religiosos.

[59] Olot, Doc. 106, "Estado de la misión de Guayana expuesto por el Prefecto P. Agustín de Olot (Misión de la Purísima Concepción, 3 enero 1744)". En: *Ibid.*, Tomo I, pp. 304-307, p. 305 y pp. 315-318; y Moya, Doc. 109, "Situación de la misión y misioneros dada por el P. Prefecto Benito de Moya (Suay, 22 mayo 1749)". En: *Ibid.*, pp. 315-316.

[60] AGNV. Libros contables de la Real Hacienda en Guayana. 1790 y 1799. Es notable cómo la carne salada y las tortas de casabe llegaron a ser parte vital del sustento. En los datos de cargamento en estos libros no hay barco que salga sin su carga de estos renglones, tanto para el sustento de los tripulantes como para la venta en puertos del Caribe.

[61] Alvarado, Doc. 119, 1755. En: *Ibid.*, pp. 338-351. El hato y el común ya fueron una realidad por la década de 1750 y están evaluados por el ojo escrutiñador y crítico de don Eugenio de Alvarado, uno de los comisionados de la expedición de límites. Es el relato más detallado que tenemos. Para quien quisiera más información sobre la historia del hato y del común pueden consultar en: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…,* Tomo I, Doc. 65, pp. 229-236, y Doc. 106, pp. 304-305; y en el

Tomo II, Doc. 137, pp. 23-24; el Doc. 144, pp. 36-37; Doc. 198, pp. 202-206; y Doc. 212, pp. 286-288.

[62] Jiménez, Doc. 212, "Informe del obispo de Puerto Rico D. Fr. Manuel Jiménez Pérez al Virrey de Santa Fe y a petición de este sobre el estado de las misiones de Guayana y sobre la conveniencia o no de poner corregidores (Puerto Rico, 31 julio 1755)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 283-289, p. 287.

[63] *Ibid.*, Tomo III. Evitamos detallar esto porque fue una guerra llevada fuera de la presencia y el conocimiento indígena. Hay un número profuso de documentos en el tercer volumen de Carrocera que refleja el problema, especialmente a partir de la creación de la diócesis de Guayana en 1790.

[64] Ventura Cabello, Doc. 313, "Instrucción que formó Don José Ventura Cabello, Obispo electo de Santo Tomás de Guayana, … y la misma que lleva el Sr. D. José de Olazarra, capitán de ejércitos, en calidad de comisionado electo por la Junta de Guerra y el Ilustre Ayuntamiento de esta ciudad, para…exponer…ante el Supremo Congreso de las Cortes generales extraordinarias de la nación, … (Santo Tomé de Guayana, 18 febrero 1812". En: *Ibid.*, Tomo III, pp. 263-271. En este documento el obispo electo de Guayana, llega al extremo de referir a los misioneros como "gente de conducta…agravante al real erario" (p. 266), deseosos de "una herencia temporal" (p. 266), "vampiros del jugo de la nación" (p. 267) y otros epítetos similares. La condición de penuria de su diócesis probablemente fue lo que le incitó a esta postura. Parece que nunca visitó a las misiones ni hizo intentos sinceros para lograr el diálogo. Tampoco hay indicios de que Ibarra y Mohedano, los primeros obispos, hicieran una visita a las misiones de Caroní, y estando rodeados por gente que tenía sus ojos puestos en las manadas, y por ser clérigos caraqueños acostumbrados a una Iglesia prepotente y sacrosanta, su actitud tampoco ofreció apertura hacia la congregación y fue siempre desdeñosa hacia los indígenas.

[65] *Ibid.*, Tomo I, p. 32; Moya, Doc. 101, "Carta del Prefecto P. Benito de Moya al obispo de Puerto Rico informándole del estado de la misión de Guayana y solicitando el envío de más misioneros (Suay, 16 noviembre 1739)". En: *Ibid.*, Tomo I, pp. 294-295, p. 294.

[66] El Rey, Doc. 99, "Cédula por la que se conceden a la misión de Guayana 25 familias canarias para escolta y protección de las misiones (Aranjuez, 15 abril 1736)". En: *Ibid.*, Tomo I, pp. 289-290, p. 289. Referente la primera fundación; La Garriga, Doc. 142, "Carta del P. Prefecto Benito de La Garriga al P. Comisario general de Misiones, dándole cuenta de la fundación de la villa de Upata (Suay, 8 julio 1763). En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 34-35, p. 35 para la cita.

[67] El Rey, Doc. 150, "Cédula por la que se permite la fundación de villas de españoles en la misión de Guayana y se señala la finalidad de sus habitantes (El Pardo, 5 febrero 1765)". En: *Ibid.*, pp. 56-57, p. 56.

[68] Doc. 140, "Escrito de compromiso entre los misioneros capuchinos catalanes de Guayana y los primeros vecinos de la Villa de Upata (Upata, 11 febrero 1763)". En: *Ibid.*, pp. 31-33, pp. 31-32, La frase "…sin perjuicio de los indios…" es importante por las luchas posteriores entre los vecinos y los misioneros cuando aquellas querían agarrar más tierras.

[69] Doc. 140, "Escrito de compromiso entre los misioneros capuchinos catalanes

de Guayana y los primeros vecinos de la Villa de Upata (Upata, 11 febrero 1763)". En: *Ibid.*, Tomo II, pp. 31-33, pp. 31-32.

[70] Abbad y Lasierra, Doc. 199, "Relación de la visita a los pueblos misionales de Guayana hecha por Fray Iñigo Abbad y Lasierra, O.S.B., secretario del obispo de Puerto Rico D. Fr. Manuel Jiménez Pérez (25 noviembre 1773)". En: *Ibid.*, pp. 207-221, p. 215.

[71] A partir de 1785, se encuentran en el índice de Renta de Tabaco del Archivo General de la Nación, Venezuela, una cantidad significativa de documentos referentes a Upata.

[72] Anónimo, "Diario del reconocimiento del río y bocas del Orinoco y misiones de capuchinos catalanes (1786)". En: Lucena Girardo: *Viajes a la Guayana ilustrada: El hombre y el territorio*. Caracas, Banco Provincial, 1999, p. 216.

[73] Reguero, Doc. 251, "Carta del Administrador de la Renta de Tabaco en Upata al P. Prefecto sobre suministros de carne a la villa y de peones indios para el trabajo (Upata, 8 mayo 1789)". En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…*, Tomo III, pp. 40-42.

[74] AGNV, Renta de tabaco, 1789, Tomo XII, ff. 78-79. "Nómina de los cosecheros de tabaco de San Antonio de Upata, Guayana, 6 junio 1789".

[75] San Celonio, Doc. 247, "Cuadro estadístico de la misión de Guayana (Caroní, 24 enero 1788)". En: Fray Buenaventura de Carrocera: *Misión de los capuchinos en Guayana…*, Tomo III, pp. 20-21; Vich, Doc. 272, "Cuadro estadístico del estado de la misión de Guayana, presentado por el Prefecto P. Hermenegildo de Vich (Caroní, 2 enero 1792)". En: *Ibid.*, pp. 106-107; San Celonio, Doc. 289, "Cuadro del estado de la misión de Guayana presentado por el Prefecto P. Buenaventura de San Celonio (Caroní, 6 junio 1797)". En: *Ibid.*, pp. 162-163; Barcelona, Doc. 323, "Estado de la misión de Guayana dado por el último Prefecto P. Fulgencio de Barcelona (Caroní, 13 octubre 1816)". En: *Ibid.*, pp. 314-317. La población aumentó unas 5 veces en 28 años.

[76] Vasconcelos, M., y Quintana, A. Doc. 296, "Real provisión de la Audiencia de Caracas en orden a las exigencias de cuatro pueblos de la misión de Guayana (Caracas, 27 abril 1801)". *Ibid.*, pp. 200-202.

[77] Level de Goda, [1811], Memorias (escritas en 1811 / recopilación de escritos), *Anuario del Instituto de Antropología e Historia.* Vol. II (Caracas, 1969), pp. 1258-1259. El uso de cursiva es del mismo documento; el subrayado es nuestro.

[78] Inés Quintero: *El último marques: Francisco Rodríguez del Toro (1761-1851).* Caracas, Fundación Bigott, 2005, pp. 20-21.

Fuentes consultadas

Archivos

A.G.I. Archivo General de Indias – Sevilla.

Estado, 63, N. 2.

MP-Venezuela, 128.

MP Venezuela, 192.

A.G.N. Archivo General de la Nación – Venezuela.

La Revolución - Gobernación de Guayana. 1817-1821.

Libros contables de la Real Hacienda en Guayana. 1790 y 1799.

Renta de Tabaco, Tomo XII, 1789, "Carta del Administrador de la Renta de Tabaco en Guayana, José Reguero, al Director General Esteban Fernández de León, (7 de junio de 1789)", ff. 1-8.

Renta de Tabaco, Tomo XII, 1789, ff. 78-79. "Nómina de los cosecheros de tabaco de San Antonio de Upata, Guayana, 6 junio 1789".

Documentos editados

Carrocera, Fray Buenaventura de: *Misión de los capuchinos en Cumaná.* Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1968 (Colección Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 88, 89 y 90).

Carrocera, Fray Buenaventura de: *Misión de los capuchinos en Guayana.* Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1979. (Colección Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 139, 140 y 141).

Dauxion Lavaysse, J.J.: *Viaje a las islas de Trinidad, Tobago, Margarita y a diversas partes de Venezuela en la América meridional.* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1967.

Depons, Francisco: *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional.* Caracas, Banco Central de Venezuela, 1960, (2 tomos).

Surroca y de Montó, Tomás: *La provincia de Guayana en la independencia de Venezuela: Relación histórica de los sucesos políticos y militares de la provincia de Guayana, una de las de Venezuela, desde los principios de las convulsiones de 1810, hasta el de 1817 en que fue su general emigración, en la cual se insertan algunos particulares referentes a la revolución de la*

costa firma, hasta julio de 1821. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2003. (Colección Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela, 82), en las secciones dedicadas a estos años.

Bibliográficas

Humboldt, Alejandro de: *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente.* Caracas, Monte Ávila Editores, 1985.

Perera, Miguel Ángel: *La mirada perdida: Etnohistoria y antropología americana del siglo XVI.* Caracas, Monte Ávila Editores, 1994.

Quintero, Inés: *El último marques: Francisco Rodríguez del Toro (1761-1851).* Caracas, Fundación Bigott, 2005.

Sanoja, Mario y Vargas, Iraida: *Las edades de Guayana: Arqueología de una quimera. Santo Tomé y las misiones capuchinas catalanas, 1595-1817.* Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2005.

Scott, James C.: *Weapons of the weak: everyday forms of peasant resistance.* New Haven, Yale University Press, 1985.

Scott, James C.: *Domination and the arts of resistance: Hidden transcripts.* New Haven, Yale University Press, 1990

Artículos en Revistas

Buchholz, Janet A.: "Las jornadas orinoquenses de don Antonio de Berrío y su tropa. Un eslabón en la formación del hombre guayanés". *Tierra Firme. Revista de Historia y Ciencias Sociales*. Vol. XI, N° 42 (Caracas, 1993), pp. 154-167.

Level de Goda, Andrés E. [1811].1967-1968-1969. "Memorias escritas en 1811 / recopilación de escritos)". *Anuario Instituto de Antropología e Historia.* Caracas, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1969, Vols. IV-V-VI.